



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Eduardo de Palacio.)



—¡Quisieran más de cuatro
besugos y merluzas
mi gracia inimitable
que no se agota nunca!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—No hay que ofenderse... por Luis de Ansorena.—Pues... no lo creo, por A. Sánchez Pérez.— ¡Día, las visitas!, por Sinesio Delgado.—Mendugencias, por Santiago Díaz Gil, Antonio Soler y Luis González López.—Palique, por Clara.—Zañiguadas, por Juan Pérez Zañiga.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Eduardo de Palacio.—Los juicios de la prensa (cuatro viñetas).—Odiós africanos.—Dime lo que comes... (ocho viñetas).—Ingenuidad, por Culla.



DE TODO UN POCO

No es cierto, como habían dicho algunos periódicos, que los guardias de orden público estén aprendiendo esgrima.

En la academia creada por el coronel jefe del cuerpo, los referidos guardias reciben lecciones de urbanidad y elegancia.

No era cosa de que continuaran expresándose incorrectamente

te y sacudiendo lapsos á los rateros. Ahora, con las lecciones que reciben en la flamante academia, saben saludar, sostener una conversación y ofrecer el brazo á las señoras en caso necesario.

Ya no dirán, como hasta hace poco:

—Á la prevención. Eche usted *pa lante*, so borracho.

Ahora se expresan en la siguiente forma:

—Hombre ebrio, tenga usted la bondad de ingresar de *motu proprio* en la prevención del distrito.

Hay quien cree que las lecciones de urbanidad pueden influir en menoscabo del buen servicio, puesto que, mientras conjugan los verbos irregulares y aprenden á saludar, descuidan la vigilancia; pero para todo hay tiempo cuando existe buena voluntad, y sobre todo, lo primero, hoy por hoy, es la educación y las buenas formas.

¿Que le atracan á usted en la calle y no hay un guardia que le defienda?

No se deje usted atracar. ¿Quiérete usted acaso que el guardia renuncie á su educación y cultura?

Mientras aprende las reglas de la urbanidad justo es que abandone la vigilancia, y lo que debe hacer todo el que se vea atracado es decir al atracador:

—Espere usted un ratito, que ahora no pueden venir los guardias porque están en la academia.

Y el atracador, si es hombre como Dios manda, preguntará, de fijo:

—¿Tardarán mucho?

—Cosa de una hora.

—Pues dígame usted que no se molesten en venir, y por de pronto voy á robarle á usted el reloj y otras frioleras.

Da gusto ver á los guardias desde que van á la academia.

¿Qué figura, qué aire tan distinguido, qué maneras tan delicadas!

Alguno no sólo sabe saludar en tres idiomas, español, italiano y portugués, sino que además toca alguna cosilla en el piano y baila la polka de punta y tacón.

Ayer estuvo en casa uno que es primo de mi doncella, y lo primero que hizo fué limpiarse los pies en el felpudo del corredor.

—¿De dónde viene usted?—hubo de preguntarle.

—De la academia.

—¿Y qué tal?

—Ya estamos muy adelantados. Desde la semana que viene empezaremos con las máximas del doctor Muselina.

—¿Qué máximas son ésas?

—Las de la buena educación.

—¿Conoce usted alguna?

—Sí, señor; oiga usted algunas:

«No al borracho en la calle martirices ni metas en el plato las narices.»

«Córtate los pelillos del cogote y procura tener limpio el bigote.»

«Usa frases corteses y lávate los pies cada dos meses.»

El guardia sostuvo con mi familia una animada y amena conversación, durante la cual expresó ideas verdaderamente propias y originales sobre el atascamiento del *Princesa de Asturias*. Después, para dar una prueba de la excelente educación que recibe, se levantó el capote y bailó en la sala una mazurka.

Ahora se trata también de urbanizar á los guardias urbanos, ó sea á los del Ayuntamiento.

Los hay finos de suyo, porque ya han nacido así ó porque se han criado con los concejales y aprendieron buenas formas; pero en algunos se ve que están sin civilizar.

No hace muchos días todavía que encontré en la calle á uno diciéndome con un vendedor ambulante, y lo más dulce que le llamaba era *morral, penón y sin vergüenza*.

—Hombre, reprímase usted—le dije, metiéndome en lo que no me importaba.

—¿Y á usted quién le llama aquí?—replicó el guardia, metiéndome las narices por el ojo derecho.

—Me meto como ciudadano.

—¿Ciudadano usted? Usted es un silbante.

—Guardia, vea usted lo que dice.

—Yo digo lo que me da la gana.

Me tuve que marchar porque al guardia se le había hinchado la vena de la frente, y cuando se les hincha la vena á los guardias le llevan á uno á la prevención; pero quedé convencido de que es muy conveniente la academia establecida para el cuerpo de orden público.

Ya están abiertos, casi todos los teatros de Madrid.

Ya hemos comenzado á respirar la atmósfera artística; ya se ha iniciado la lucha de los genios.

Para este año se anuncia la aparición de cuatro ó cinco: unos pertenecen á la clase de actores y otros á la de poetas.

Hay uno, sobre todos, que estuvo empleado en una buñolería hasta Setiembre y trabajó en Rins dos ó tres noches. Allí le dijeron que dejase el oficio y se metiera á cómico. El hombre se despidió del buñolero y ahora anda detrás de Mario para que *lo saque*, como dice él.

Lo probable será que no pise en todo lo que queda de temporada ningún escenario madrileño; pero no faltará quien se lo lleve á provincias, y el mejor día leeremos en *El Vigía de Churriana* ó *La Enseña de Castrogeriz*:

«Añoche se celebró en nuestro teatro el beneficio del inspiradísimo actor Sr. Cohombro, que obtuvo una ovación delirante.

Su fácil dicción, su elegancia, sus maneras distinguidas... etc., arrebataron á la concurrencia.»

Los genios brotan espontáneamente lo mismo en las buñolerías que en los fogones.

Tuve yo una criada muy bruta á quien me he visto obligado á despedir porque maltrataba á cuantos venían á mi casa de visita y estaba acabando con la loza, y antes de ayer he sabido que está en Chile ó en Guatemala, ó en otro punto semejante, conquistando aplausos como primera actriz.

Donde menos se piensa salta un genio.

Luis Taboada.

★

NO HAY QUE OFENDERSE...

Vamos... usted perdone, señorita. No hay que ponerse seria, ni echarse para atrás... Después de todo, soy un hombre de bien como cualquiera.

A mí me chifló usted, ¿por qué negarlo?
me chifló usted de veras
desde que tuve el gusto de mirarla
al volver una tarde de la imprenta.
No se fijó usted en mí, ni era yo cosa
que honra tal mereciera.
Venía fatigado, hambriento, sucio,
tras largas horas de mortal faena.
Mi blusa, más que blusa, era un guñapo
compuesto de mil piezas...
pues no es posible que á diario el pobre
use camisa limpia y blusa nueva.
Mis botas se reían, y mis manos
estaban casi negras.
¡Calcule usted! ¡Si barajé aquel día
cientos y cientos de malditas letras!
Usted estaba al balcón... Yo, casualmente,
levanté la cabeza...
y allí quedó Juan López hecho un cirio
mirándola regar unas macetas.
Pues desde entonces... nada, ni una tarde
pasó sin que volviera
por la calle de usted... y poco á poco...
¡que me fui enamorando como un bestia!...
No tenía esperanzas, se lo juro,
de que usted me quisiera...
Usted una señorita, yo un obrero
que saca, cuando más, cuatro pesetas...
¡Pues no era disparate que digamos
tener tales ideas!
Pero... yo no sé quién me dijo un día
(y perdóneme usted por la franqueza)
que no era entre los dos más que en la forma
grande la diferencia,
pues usted se pasaba sus apuros,
por más que disfrazarlos pretendiera,
y comía usted mal, pobre y escaso...
¡y hasta tenía deudas!
Me enteré, y como supe que era cierto,
se me quitó un poquillo la vergüenza,
y pense que, tal vez, no desdeñara
mi humildad y pobreza,
que la que come mal y tiene ingleses
con un jornal así sale de penas.
Conque me decidí, y á eso he venido.
¡Y usted lo toma á ofensa,
y hace ascos á mi blusa y á mis manos,
diciendo que la miel no es para... etcétera!
Pues... ¡nada!... ¡Usted perdone, señorita!
¡No hay que ponerse seria!

Luis de Ancoena.

*

Pues... no lo créo.

¿Que voy á creerlo? Ni lo creerá nadie que haya tratado, aunque sea muy superficialmente, á la insigne actriz *María A. Tubau* de Palencia.

Un periodista de la Habana, periodista cuyo nombre ignoro, así como el título del periódico en que redacta, ha celebrado, según parece, una *entrevista* (¿se escribe así?) con la Sra. Tubau, y de esa conversación he visto en *El Globo* algunos fragmentos, cuya lec-

tura me ha bastado para decir, sin dudas ni vacilaciones: esa señora no ha dicho lo que el *reporter* ha entendido.

Por seguro tengo que lo mismo María Tubau que su esposo Ceferino Palencia, luego que reciban noticia de las declaraciones que á la actriz atribuye el periodista americano, se apresurarán á rectificarlas; pero sin esperar esas rectificaciones puedo adelantarme á decir, con absoluta certeza de no ser desmentido, que el redactor del periódico habanero no ha entendido bien las palabras de la célebre y aplaudida actriz española.

Ya sé, como sabemos todos, que efectivamente *María Tubau* representa con predilección las obras francesas; ya sé, como sabemos todos, que siente las mujeres de *Damas*, y *Augier*, y *Sardou* y *Halevy* mucho mejor que las de nuestros dramaturgos; pero sé también dos cosas que, por lo visto, ignora ó ha olvidado nuestro compañero el periodista cubano, son á saber: primera, que María Tubau no es literata, ni erudita, ni sabia; segunda, que sin ser nada de eso, ni menos una *marisabidilla* charlatana, es discreta.

Ahora dígame si señora en quien todos reconocen esa circunstancia ha podido decir: «En la Argentina he ganado muchos miles de pesos casi al mismo tiempo que *Viño* lloraba lágrimas arrancadas por la penuria á causa de obstinarse en cabalgar sobre esa yegua de Bayardo que se llama teatro de Echegaray.»

¿Cuánto apostamos á que María Tubau, que es una excelente madre de familia y muy señora de su casa, no sabe quién fué Bayardo? ¿Qué ni lo ha sabido nunca.

Cualquier cosa le habría ocurrido, hablando de esos asuntos, menos acordarse de una yegua de la cual seguramente no ha oído hablar en su vida.

Sobre el mismo tema del teatro de Echegaray, el periodista ha hecho decir á María Tubau:

«Después los artistas representan frente á la soledad reconcentrada en sí misma, como decía Robinson en su discurso del desierto,

¡Compañero!... no gaste usted esas bromas: eso de la yegua de Bayardo, eso del discurso de Robinson, cosas son que, lo mismo que otras muchas, ha discurrido usted en la calentura de la producción; pero no han salido de los labios de María Tubau, la cual es seguro que desconoce por completo las aventuras de Robinson, de cuya existencia es muy probable que no tenga ni la más ligera noticia.

Y si en esos fragmentos, que á la ventura he tomado, el periodista de la Habana peca, en mi concepto, por carta de más suponiendo en María Tubau una erudición que ella no tiene, en otros fragmentos, de los que hago gracia al lector, ha pecado por carta de menos atribuyéndole una falta de memoria de que la actriz famosa, por fortuna suya, no adolece.

Hablar de los triunfos de *Ruana* y no recordar *El hombre de mundo*, ni las comedias de Bretón y de Narciso Serra; hablar de las glorias de nuestra *Matilde Díez* y no mencionar *Venganza catalana*, son olvidos en que María Tubau no incurriría nunca.

No creo que el periodista haya hecho lo que ha hecho á mal hacer; supongo que ha procedido con sinceridad y sin pizca de mala intención.

Pero creo que ha dejado correr la pluma sobre las cuartillas expresando, no las ideas de María Tubau, sino las del propio cosechero; ha expuesto, sin darse cuenta de lo que hacía, lo que él mismo pensaba, no lo que el sujeto de su observación le había manifestado.

Puede ser, en lo posible todo cabe, puede ser que yo esté equivocado y que, en efecto, la señora de Palencia haya dicho todo eso que cuenta el periodista de la Habana; pero necesito que ella misma lo confirme y lo ratifique, y ¿quién sabe? tan absurda me parece la cosa, que aun después de ratificada y confirmada por María, es fácil que yo continuara diciendo (como el aragonés del cuento decía *tijeretas han de ser*) pues... no lo creo.

J. Sánchez Pérez.

Los juicios de la prensa.

(PRIMERA PARTE)



Al día siguiente
—¡Tacas! Por su precio!

«La obra estrenada anoche, aligerada convenientemente, dará pingües rendimientos á la empresa, y desfilará todo Madrid por el teatro...»

(SEGUNDA PARTE)



«El esperpento á cuya primera representación hemos tenido el disgusto de asistir, tendrá que ser retirado de los carteles, etc., etc.»

A los tres meses:
—¡Pepeee!... ¿Te queda algún palco segundo?

Odios africanos.



—VACINO SEGUNDO. (No habla.)...—N. N. «Ese ene ene es Bonifacio, que me ha quitado el papel á fuerza de recomendaciones. ¡Como yo tuviera el real para la entrada y la perra chica del timbre, iba á escribir un letrero en el pasillo de la galería segunda poniéndole verde!»

¡OH, LAS VISITAS!

¡Que la sabia Providencia me libre de estar enfermo y me dé siempre la misma salud que á ustedes descol! Primero, porque es tesoro que se echa mucho de menos; segundo, porque me carga estar clavado en el lecho, quietud que da más fatiga al espíritu que al cuerpo; tercero, porque molestan mucho los medicamentos, y cuarto... ¡por las visitas! ¡A las visitas las temo mucho más que á la dolencia y á la botica y al médico!

Esta usted dado á los diablos y aguantándose en silencio sus dolores, si los tiene, ó sus malos pensamientos, que si los tendrá, de fijo, que el caso es para tenerlos, y entran los que van á verle, señoras ó caballeros, tristes los rostros, hablando bajito y pisando quedo, y en la habitación cercana se sientan, graves y serios. Al principio no se ocupan más que del padecimiento que le aqueja á usted, sus síntomas, de cuándo y cómo fué aquéllo; citan casos parecidos que curaron en un verbo con tal ó cual cataplasma, con este ó el otro unguento, y, poquito á poco, rueda la conversación muy lejos y salen á luz historias de conocidos y deudos que estaban también muy malos y están hoy sanos y buenos.

Sube el diálogo de tono, sin notarlo y sin quererlo, y de unas cosas en otras va á parar á los sucesos interesantes del día, chismes, historias, *envidos*... y si *envidado* saliere por casualidad un cuento, le contarán con detalles, y otro después, y otro luego, y se armará una tertulia con risas y otros excesos.

Y usted seguirá en su cama solito, fuera del tiesto, y oyendo las carcajadas con la paciencia de un muerto...

Todo el que haya estado malo alguna vez, que alce el dedo y diga sinceramente si no ha sentido deseos de tirarse de la cama

y echar mano á los pescuezos
de las visitas que acuden ..
¡á ver cómo está el enfermo!

Sinesio Delgado.

Menudencias.

Quieres marchar de mi lado
y te me llevas el alma.
También la locomotora
huye del tren, y le arrastra.

Cantarito que en la fuente
suspiras cuando te llenan,
eres como las ingratas:
á más cariño, más quejas.

Canta el cisne cuando muere
y yo canto cuando quiero;
pero si quiero de veras
no canto, porque no puedo.

—¡Por tu salud! ¡Vaya un brindis!
—Brinda por la de los dos,
porque si tú te me mueres,
¿qué me hago en el mundo yo?

La guitarra que yo toco
casi ninguno la aprecia,
solamente porque dije
que me costó seis pesetas.

Cásate por Carnaval,
para verte disfrazada
con florecitas de azahar.

SANTIAGO DÍAZ GIL.

De fijo sus deseos lograría
si fuera el sacristán á quien pidiese
lo que pide á los santos Rosalía.

ANTONIO SOLER.

Tras de tanto porfiar
por el amor de Pilar,
ya cambié de parecer,
y ya me empieza á cansar
porque me empieza á querer.

No me digas en voz baja
que tienes bonito el cuerpo:
no importa que hables á voces,
porque no es ningún secreto.

Hay quien jura por su vida
que no hay mujer fiel ni honrada,
porque él quiso á una perdida
y le jugó una trastada.

Si me has dejado por otro,
ya volverás á ser mía:
todo puede ser que tenga
que esperar dos ó tres días.

LUIS GONZÁLEZ LÓPEZ.

Dime lo que comes...



Canutillos y suplicas.



Perdices... ¡siempre perdices!



Hierba fresca.



Lentejas... ¡siempre lentejas!



Cocido, con mucho azafrán.



¡Magras!



Rancho suculentó.



¡Qué más quisiera yo que poder decirlo!

PALIQUÉ

—El manifiesto de los carlistas...
 —¡Pero, hombre! ¿Quién se acuerda ya de eso?
 —Dispensen ustedes; pero, gracias á los subordinados del marqués de Lema, yo acabo de recibir ese documento. Todo es según el color del cristal por que se mira, y según la prisa que se dan en Correos por llevar los periódicos á su destino. Y gracias, cuando los llevan. No es mi ánimo ofender al ilustrado director de Comunicaciones (á quien he pedido hace poco un favor, que todavía no me ha hecho); pero, la verdad, yo todos los años recibía en la aldea mi correspondencia sin novedad. Y este verano, bajo el mando del simpático marqués (que aún no me ha hecho el favor que le le pedido), me ha quedado sin cartas, sin revistas extranjeras, sin *Heraldo*, sin *Imparcial*, sin *Madrid Cómico*, sin *Gedeón* á cada periquete. Notó que el ladrón de Correos que se queda con lo mío prefiere la prensa satírica; pues *Madrid Cómico* falta casi siempre y *Gedeón* (que no sé quién me envía) viene un jueves sí y dos no.

Si sólo á mí me pasaran estas cosas, esta queja en público parecería de *lirica*; pero, como sé que en todas partes cuécan habas, hago públicos mis enojos, y suplico al de Lema que, si no puede hacerme el otro favor, me haga el de poner remedio á tamaño desafierno.

Y volviendo, aunque tarde y con daño, al manifiesto de los diputados carlistas, diré que no sé cómo se han atrevido á publicarlo antes de que lo admitiera la comisión nombrada por el Ayuntamiento de Madrid para aprobar, ó desaprobar, la lista de la compañía.

No me negarán que les falta un primer galán del género serio; y que si bien Barrio y Mier tiene categoría suficiente y carácter para ser actor de ídem, no es lo que se llama un barba, porque no la gasta, á lo menos tan *buena* como hace al caso; y además, no bebe más que agua; y un buen barba debe beber bala rasa, para tener la voz de trueno que suelen tener los barbas, aunque sea de mal agüero para las compañías.

Cerralbo es más poeta que cómico; sin embargo, creo que viste bien (así versificara!) y que para los papeles de frac serviría; pero ya estamos cansados de galanes que saben ponerse el frac, y no saben quitárselo.

Catalina, que en paz descansa, corrompió el gusto literario de toda una generación con sus levitas, cortadas conforme al modelo de París, pero no por el corte de la dramaturgia de Hamburgo de Lessing.

Yo no digo que los cómicos y cómicas no se tienten la ropa antes de meterse en empresas de once varas; y es claro que, si no tienen ropa, antes de tentársela tienen que hacérsela. Pero hay quien exagera. Empresario conozco yo, que piensa que por llevar á la primera dama á París á que le tomen la medida de veinte trajes, diez de Dumas, cinco de Sardon y otros cinco de Sara Bernhardt *ad libitum*, ya tiene la vida ganada. Y después si le silban la compañía, ó no le llenan la taquilla de pesetas, que todo es silbar, toga el cielo con las manos, y maldice de este pueblo inculto, incapaz de comprender á Ibsen y á Bjerson (aquí hay varias jotas que yo suprimo) y á los modistos franceses de última moda.

Pero hay que notar que, porque una señora salga á las tablas con unas mangas que le lleguen al suelo, no podemos decir que se ha salvado el teatro español. Pensar que el quid del arte dramático está en la ropa, es poner el arte como un trapo.

Por todo lo cual, aunque Cerralbo vista bien, no está á la altura de su misión ni de Peñasplata, y no se eleva ningún codo sobre los cerros de Ubeda.

En cuanto á Mella, es un tenor cómico bastante aceptable para cualquier compañía de zarzuela. Pero el carlismo no es una zarzuela. Es una ópera: *I Lombardi e la terza crociata*.

Quando los carlistas quieran hacer otro manifiesto, con permiso del Ayuntamiento, por supuesto, deben encargarlo á cierto periodista que viaja por Venecia y que es muy entendido en materia de dramas y óperas. Como vamos á ver.

Ese periodista nos dice que un gondolero que le llevaba en su góndola por el gran canal adelante, señalando á cierto palacio, le dijo:

—Ahí mató Otelo á Desdémona.

El periodista lo puso en duda; no por nada, sino porque es muy largo y sabe que lo de Otelo es fábula, cosa de Shakespeare. Pero el gondolero añadió:

—¿No ha leído usted el drama de *Otelo*?

—No, señor—digo yo al gondolero;—este señor periodista no ha leído el *Otelo*; ni usted tampoco. Porque Otelo no mata á Desdémona en Venecia, sino en la isla de Chipre.

Una de dos: cuando se viaja, ó se viaja como una maleta, sin acordarse de que hay Otelos en el mundo, ó se viaja con la maleta provista de literatura suficiente. Por lo menos una muda, para no exponerse á enseñar las vergüenzas eruditas á cualquier gondolero de punto.

Clarín.

★

Zurigadas.

I

MEDIDAS EXTRAORDINARIAS

Como el agua es deficiente en este Madrid perdido, hoy el riego ha suprimido la autoridad competente.

Es más, un guardia gallego nos acaba de decir que ni aun van á permitir cantar el himno de Riego.

II

¡FATUO!

Mirad si es tonto Melchor que se pone en las tarjetas: «Melchor Fernández. Carretas, cinco, bajo. *Hay ascensor*».

III

¡...!

Siempre está Protasio Muro de broma, y dice Consuelo que no hay hombre más bromero bajo la capa del cielo.

Sus bromas son oportunas, y ella y su primo Nicasio se ríen con las tontanas del bromero de Protasio.

IV

BARBERAS DEL LENGUAJE

Ves á una mujer y á un hombre, y aunque opuesto sexo tengan no negarás que en conjunto

una y otro se asemejan.

Ocurre igual con el perro comparado con la perra, y puedes decir lo mismo del portero y la portera, del farol y la farola, del marqués y la marquesa, del borrico y la borrica, del muñeco y la muñeca.

Pero haz el favor ahora (y perdona la molestia) de decirme si el retrete se parece á la retreta.

V

EL RÓTULO

Quando abrió Rosenda Helguero su almacén de cofres, Goy, el pintor, la dijo:—Voy á ponerla á usted el letrero. ¿Qué pongo, señora mía? Y le contestó Rosenda:—¡Hombre! ¿No es esto una tienda de cofres? Pues... *Cofradía*.

VI

RECTIFICACIÓN

—¿Adónde vas, Nicanora, tan temprano y tan de luto? —A San Juan, en donde dicen misas por mi primo Arturo. ¿No sabes que hoy hace un año bajó al tálamo el difunto? —¡Al tálamo! ¡Qué ignorante! ¡Querrás decir al tumulto!

Ingenuidad.



- Pues yo, si ustedes fueran gustosas, vendría á visitar á ustedes todos los días.
 —No hay inconveniente, siempre que sea usted formal.
 —¡Ah! sí, señora.
 —Y que las relaciones no sean muy largas, porque ya sabe usted que las relaciones largas perjudican mucho á las jóvenes.
 —No, señora, no; hasta que acabe la carrera.
 —¿Le falta á usted mucho?
 —Poco; estoy en tercero de teología...

VII

TRAS DE LOS CUARTOS

—¿Sabes lo que le ha ocurrido á Paz, la viuda de Ozores?
 Que Ozores ha fallecido

dejando diez acreedores; lo han sabido, y á la vez se han echado sin piedad sobre la viuda los diez.
 ¡Ya ves qué barbaridad!

Juan Pérez Sinioga.

CHISMES Y CUENTOS.

Ustedes conocerán el cuento de la buena pipa.
 Pues bien, el verdadero cuento de la buena pipa no es aquél, es éste.
 Con motivo del desgraciado incidente ocurrido en la botadura del *Princesa de Asturias*, la junta de ingenieros que trata de arreglar aquel cotarro ha creído necesaria la adquisición de cuatrocientas ó quinientas pipas para destinarlas á flotadores, y...
 «Se ha pedido al Gobierno una autorización de veinte mil pesetas con destino á la compra, etc, etc.
 Valiéndose de las circunstancias por que atraviesa desgraciadamente este país, hay quien ha pedido por cada pipa cincuenta pesetas.»
 ¿Ven ustedes? Luego dirán los periódicos extranjeros que los españoles estamos dando en la actualidad maravillosas pruebas de abnegación y de patriotismo.
 ¡Y media Nación se está dedicando á explotar á la otra media!

Uno de los pocos periodistas que en asuntos militares tiene reconocida competencia, y cuyas atinadas observaciones se leen siempre con la debida atención por todo el mundo, decía el otro día:
 «Siga, pues, el general Weyler preparando sus operaciones contra Maceo...»

Ya sigue, ya. ¡Redió si sigue!
 ¡Como que no hace otra cosa más que seguir preparando!

Por cierto que aquel Maceo de la leyenda, torpe, grosero, sin dotes militares, al frente de unos cuantos pelafustanes descabtos, desmudos y sin armas, y sobre el cual están cayendo hace un año varias columnas combi-

nadas, *sigue* (también ése sigue) tranquilamente en Pinar del Río y no lleva trazas de salir de allí hasta que se le antoje.

Entre tanto los soldados se batían heroicamente en el resto de la isla, siempre en terrible desproporción numérica, obteniendo victorias gloriosas... sin resultados prácticos.

En fin, que no pasan años por nosotros.

No se puede ser estratega de café, porque todo le parece á uno mal.

Y luego tiene razón Cánovas al burlarse de nosotros y al decir que no sabemos tener paciencia...

Noticia grata:

«El Sr. Moret se muestra completamente optimista con relación á la guerra de Filipinas, confiando en que el general Blanco dará pronto buena cuenta de la insurrección de los indios.»

En eso está de acuerdo el Sr. Moret con los demás distinguidos hombres públicos.

Todos confían en que el general Blanco, etc., etc.

Lo malo es que en este asunto va pasando lo que pasaba con aquel tabernero que colgó un cartelón en la portada de su establecimiento, en el cual se leía en letras gordas:

«Hoy no se fia aquí, mañana sí.»

Y llevamos ya unos cuantos meses esperando que mañana á las ocho y cuarenta y cinco sean derrotados completamente los insurrectos.

«En vista del accidente ocurrido al cañonero *Cuervo* (otro accidente, todo sea por Dios), cuyas averías no podrán ser remedadas con la urgencia que reclama la comisión que tenía que desempeñar, se ha dispuesto por el ministerio de Marina que saliese inmediatamente el cañonero torpedero *Destructor* á recorrer las costas de Melilla.

La orden dada ha sido de que ayer mismo, por la tarde, saliera el torpedero citado.

Si la orden habrá sido que saliera, pero... ¿habrá podido?

Y apropósito de cañoneros, digo, de cañoneros.

¿Han vuelto ustedes á oír hablar de aquella escuadrilla de treinta y tantos que se construían á toda prisa en Inglaterra para vigilar las costas de Cuba?

Porque ya recordarían ustedes que *por aquel entonces* se hartaron de decir los periódicos ministeriales que estaban para entregarse, y que en cuan-

tu estruendo en funciones se habían acabado los desembarcos filibusteros, porque reunían admirables condiciones para el objeto á que se les destinaba, y otras muchas cosas por el estilo.

Pero, si yo estoy trastornado, ¿no se ha vuelto á decir una palabra. ¿Á no ser que los tengamos escondidos secretamente para dar una sorpresa á Ruloff cuando menos se lo figure!

Por fin, el Sr. Sagasta se ha decidido á tomar los baños de Fortuna. Más vale que haya tomado una resolución concreta en punto tan interesante.

Porque, dadas las circunstancias por que atraviesa el país, hemos pasado mas cuantas semanas de ansiedad horrible.

Consolémonos.

«El Consejo con S. M. no tendrá otra importancia que la del resumen de la situación, que el Sr. Cánovas hará en su discurso, y que no es probable contenga novedades de trascendencia.

¡Claro! ¿Qué novedades va á tener?

Con decir: «Señora, pongo en conocimiento de V. M. que seguimos como estábamos y que no hemos adelantado un paso todavía», habrá cumplido su delicada misión el presidente.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un bachiller de Campos.—Fíjese vuesa merced, señor bachiller, en que los cinco versos de la quintilla son asonantes.

Cataplum.—¡Patarra! ¡Mala sombra! ¡Araíra!

Un padre cariñoso.—Bueno, hombre; voy á publicar ésa también, ¡qué demonio!

EN EL VAUFISMO DE MI HIJO

Angel del suelo
que viniste al suelo
y que ya eres la alegría

y que en la pila del bautismo te pusieron José María...

¡Ay! ¡no! No puedo seguir. ¡Es mucha guasa ésa!

Ruruquí.—Es un soneto en que no hay más que los lugares comunes á todos los sonetos. Por eso no tiene nada de particular.

Sr. D. J. R.—De modo que usted dice que, estando el sajeto en plural, el verbo puede estar en singular. Bueno, hombre, pues ¿para qué vamos á discutir! Sería perder el tiempo lastimosamente.

C. A. n.º 1.—Si, otros peores habremos publicado; pero ¿á que no eran tan largos, ni tenían tan diluido el asunto, ni resultan tan pedestres en la forma?

El Benjamin.—Los hoyos de las losas no se *echan*, se hacen; y si es error de pluma y ha querido usted decir *hecho*, ha debido usted decirlo con *hache*.

Florito.—Parece mentira que tenga usted gana de broma después de lo que le ha pasado al *Príncipe de Asturias!*

Sr. D. J. D.—Medianos y sosos los dos. En el primero hay, además, unas asonancias que parten el timpano.

Sr. D. A. G.—La composición no tiene miga porque se parte de un principio erróneo. Lo otro, arreglado, tampoco la tiene todavía.

Sr. D. A. T.—Comprenderá usted que el cuentecito *hattero* es una inco-cantada. Porque no tiene chiste de ninguna clase.

Un postastro.—Que tiene la desgracia de no contar las sílabas. Y sin ese requisito no podemos pasar adelante.

Un entusiasta.—¡No, hombre! Si no había incomodidad de ningún género. ¡Pues si yo fuera á *resentirme* por esas cosas!... En la *Enfermedad* hay muchos defectos; tantos, que sería tarea larga especificarlos.

Racambolo.—¿Vamos á apostar un café con media de abajo á que eso no es de usted?

Sr. D. J. M.—Mire usted, la inocencia es una virtud, pero en ciertos casos es un defecto.

Agosto.—Eso es del año de la nana, y se ha versificado ya muchísimas veces.

Sr. D. C. de S.—No necesitamos ejemplares más que de los años 83, 84 y 85. De los demás tenemos gran número de colecciones completas.

El Símico.—La silva no está mal. Pero en el asunto, y en la forma sobre todo, hay demasiada crudeza.

Zaid Nahyer.—Empiezá usted así:

«Don Pedro, un hombre prolijo
díjole á su buen Perico
trácte eso pronto, hijo...»

Y muy *prolijo* tenía que ser D. Pedro para no ver que hablaba en asonantes. De lo demás no hablemos.

Ripiaminondas.—¡Lástima de final soso! Porque la borrachera, especialmente en lo que toca á los piés, está bien descrita.

Sr. D. J. M. C.—Medianillo es todo. No puede decirse:

«Te lo voy á decir si así te obstinas,

sino si te obstinas, si en ello te obstinas, si te empeñas... Lo otro no es castellano.

Sr. D. G. T.—Bien manejada la forma. Los asuntos son los que carecen de novedad y de enjuandía.

Sr. D. D. M. E.—Villagarcía.—Recibida y despachada.

Vampiro.—¡Caramba! Pero eso es una diatriba contra una región, que no haría mucha gracia á los indígenas.

Sr. D. B. A. G.—De índole puramente personal que no puede interesar á nadie. El verso:

«y creo que es por mi solos»

es un octosílabo perfecto, de los que no pueden usarse en las seguidillas precisamente.

Sr. D. B. Z.—Digo lo mismo. Eso puede importar algo, á todo tirar, á las interesadas, Pero al resto del orbe católico ¿por qué?

Las modistillas.—El retrucanejo no vale la pena.

Sr. D. J. B.—Eso había que contarlo de otra manera para que resultara el chiste.

S. D. G. D.—El lance no puede ser más candoroso. Dice usted: «para ver si al ladrón poder cazabas», y ha querido usted decir lo contrario: «para ver si al ladrón *cazar* podías». Pero entonces ¡abur, consonantel

Un Muleta del Parnaso.—Aténgase usted á la letra de la contestación. Decía que era usted mejor de lo que pensaba; pero no indicaba que admitiera ningún cantar de aquéllos.

Srtas. D.ª M. C. y D.ª S. V.—Pues, efectivamente, parecen *amorosas* de mujeres, que generalmente saben sentir (¡ay, qué ricas!), pero no expresarlo en forma poética, á Dios gracias.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAS, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 disp.ª

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOGA-TÉS
RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.